

en todas sus variables y desde distintas realidades nacionales, lo que hace de esta obra un importante intento de repasa y repensar la historia de América.

MANUEL ALFONSO GUTIÉRREZ

VARGAS EZQUERRA, Juan Ignacio, *Un hombre contra un continente. José Abascal, rey de América (1806-1816)*, Akron, Astorga, 2010.

Pocos títulos son capaces de decir tanto acerca del contenido de un libro. En este caso, el subtítulo «*José Abascal, rey de América*» refleja en una línea la magnitud de la misión del virrey del Perú don José Fernando de Abascal (Oviedo, 1743-Madrid, 1821).

Aunque a lo largo de los ocho capítulos del libro se recogen datos suficientes para obtener una semblanza completa de la vida de don José Fernando de Abascal, realmente la obra está centrada en la actuación de su protagonista al frente del virreinato del Perú, durante los complejos años 1806 a 1816.

Militar de carrera, Abascal ya contaba con experiencia americana, en el virreinato de la Nueva España, cuando, con sorpresa, recibió el cargo de Virrey del Río de la Plata, precisamente en el contexto histórico de guerras napoleónicas y por consiguiente enfrentamiento con los británicos. Justamente Abascal fue víctima directa de estos enfrentamientos, puesto que el barco que le llevaba a Buenos Aires sufrió un ataque de los ingleses que hicieron prisionero a nuestro personaje y le condujeron a la Península Ibérica.

Después de este incidente, que se enmarca en los ataques británicos al Río de la Plata, Abascal cambia su destino y será designado Virrey del Perú. A partir de entonces se inician los años más complicados de Abascal, unidos a la inmensa complejidad de la historia del Perú y de todo el continente sudamericano.

Los ocho capítulos del libro recorren cronológicamente las etapas del mandato peruano de Abascal.

Los dos primeros narran las actividades de Abascal antes de su

nombramiento como Virrey. En la Nueva Galicia, dentro del Virreinato de la Nueva España, adquirió conocimientos de gobierno y de la realidad americana.

Los capítulos 3 al 6 se centran en los inicios de su gestión como virrey. El título del tercero, «*Las iniciativas de un ministro ilustrado*», refleja verdaderamente la capacidad de Abascal para identificarse con los intereses de la Monarquía, pues sus decisiones son ponderadas y en ocasiones fuera de lo común, como fue el recorrido por tierra desde Buenos Aires hasta Lima, frente al tradicional viaje en barco. Esta decisión fue tomada precisamente para lograr familiarizarse cuanto antes con la realidad humana y geográfica sobre la que iba a gobernar los años siguientes.

Los capítulos 5 al 7 se centran en los sucesos de la época más complicada a la que tuvo que hacer frente, como consecuencia de la crisis dinástica que se dio en la Monarquía española. Recoge Vargas resumiendo estos años de Abascal una frase que empieza a convertirse en lugar común para hacer referencia a esta etapa: «cuando no había rey en España, Abascal lo era de América».

Ciertamente, las abdicaciones de Bayona no consiguen sino reafirmar la lealtad a la Corona que hasta entonces había demostrado tanto el militar como el político que había dentro de Abascal. Y, en efecto, desde la capital del virreinato del Perú asumió la defensa de la causa realista en todo el continente sudamericano, entonces fraccionado ya en tres virreinatos: Perú, Nueva Granada y Río de la Plata.

Los expeditivos métodos empleados por Abascal en Alto Perú y en la Capitanía General de Chile son descritos basándose en numerosas fuentes documentales, y se analizan desde el más absoluto rigor histórico, sin juzgar otras intenciones más allá de la lealtad de un funcionario que se sabe al servicio de la Corona y de España.

Un párrafo del autor resume el tratamiento que a partir del capítulo cinco se da en el libro a los enfrentamientos que se inician en 1809: «*Nació así la Guerra Civil Hispanoamericana, con los resultados que son por todos bien conocidos pero cuyo desarrollo y desenlace no fue tan lineal ni tan esperado como generalmente se cree*» (p. 107).

Y, efectivamente, a lo largo de las páginas que siguen se va desa-

rollando con un análisis exhaustivo de documentación, el cariz que fueron adquiriendo los enfrentamientos en suelo americano. Enfrentamientos que se inician como consecuencia de múltiples desencuentros con las autoridades provisionales que se constituyen en la Península como representantes de la soberanía real. Y es que el primer problema fue la incertidumbre acerca de la legitimidad de unas y otras personas o instituciones que se arrogan la autoridad legítima en nombre del rey prisionero.

Y precisamente en este momento de incertidumbres es donde Abascal optó por la lealtad sin fisuras, en él mismo y en todos aquellos territorios que de una u otra manera dependían de él.

No se quebrará esta lealtad cuando tenga que poner en marcha las disposiciones de las Cortes y la Constitución de 1812, venciendo la resistencia interior que un monárquico convencido como él experimentaba ante el régimen constitucional. Ciertamente, retrasó en lo que pudo su aplicación, pero no se opuso a la breve existencia del sistema liberal.

En el último capítulo, que remata el libro con el título de «misión cumplida», el lector recorre las líneas convencido de que ciertamente Abascal había cumplido fielmente su misión, llegando mucho más allá de lo que en un principio se pudiera esperar de él, cuando recibió el nombramiento de Virrey del Perú.

Estamos sin duda ante el estudio más riguroso que hasta la fecha se ha realizado acerca de la figura del Virrey don José Fernando de Abascal. Su personalidad está dibujada con gruesos y enérgicos trazos, y se va percibiendo la magnitud de su personalidad al hilo de los complicados sucesos a los que tuvo que hacer frente durante los años peruanos.

Ciertamente la obra cuenta con la rara virtud de hacer perfectamente compatible el rigor documental con la lectura amable. Los datos históricos, bélicos y administrativos, se conjugan con naturalidad en un entramado del que brotan los rasgos de una personalidad que logró retrasar al menos en unos años lo que una década más tarde fue una ruptura consumada.

MARÍA SAAVEDRA INARAJA